



ROMANCE TRAGICO

# DE D. ANTONIO MONTERO Y D. DIEGO DE FRIAS.

*Refiérese el raro suceso que sucedió en la ciudad de Antequera á dos jóvenes íntimos amigos, y del modo como llegaron á romperse los vínculos de aquella estrecha amistad; con lo demas que verá el curioso lector.*

**A** la voladora fama  
suplico me dé hoy aliento,  
para declarar mi lengua  
el mas notable suceso,  
que en la ciudad de Antequera  
les sucedió á dos mancebos,  
el uno Diego de Frias,  
y el otro Antonio Montero.  
Eran ambos muy amigos,  
y de muy cercanos deudos:  
era Montero casado  
con Doña Juana de Cueto,  
blanca y rubia como un sol,  
y de lindo entendimiento,  
y de linda y discreta, entendida y sábia;

mas aquel dragon soberbio,  
siempre tiró á derribarla,  
armando trazas y enredos.  
Hizo que se enamorára  
Diego de Frias, teniendo  
tanta cabida en su casa,  
que andaba de amores muerto;  
hasta que le dijo un dia:  
si tú pagáras mi afecto  
fueras dueño de mis bienes,  
pues que tanta hacienda tengo.  
La dama le respondió:  
mira que Antonio Montero  
es tu amigo, y si lo sabe  
mala fortuna tendremos;

mas al fin , yo daré traza  
para que juntos estemos.  
Gozáronse algunos dias  
con muchísimo contento;  
y como Montero es hombre  
de reputacion y empeño,  
temiendo que no lo sepa,  
toman galas y dinero,  
y en un ligero caballo  
una noche se salieron:  
camino van de Sevilla  
estos dos amantes ciegos.  
A dicha ciudad llegaron,  
donde pusieron su asiento,  
y en una casa vivian  
con muchísimo secreto.  
Volvamos ahora á Antequera  
á declarar el suceso;  
pues cuando Montero vino,  
y á su muger halló menos,  
de enojo y corage tiembla,  
y se abrasa en vivo fuego,  
por boca y ojos echando  
volcanes de vivo incendio.  
Imaginando mil trazas,  
no hallaba á su mal remedio;  
sin rasurarse la barba,  
ni vestir camisa al cuerpo,  
hasta dar la muerte á aquel  
que infiel le estaba ofendiendo.  
Mas de dos meses pasaron  
sin pasearse Montero  
de dia, y solo de noche  
mil diligencias haciendo,  
hasta que alcanzó á saber,  
que en Sevilla están de cierto.  
Se mudó toda la ropa,  
y por no ser descubierto,  
se puso unas barbas canas  
que le cubren todo el pecho,  
un jubon ojeteado,

que lleva ceñido al cuerpo,  
un gaban de paño burdo,  
con mas de dos mil remiendos,  
entre los cuales llevaba  
cuatro volcanes de fuego,  
y un afilado cuchillo,  
prevenido ya de intento;  
una monterilla vieja,  
y en medio un casco de acero;  
una capa mal formada,  
y un bordoncillo, y pidiendo  
limosna, se fué á Sevilla,  
adonde llegó bien presto.  
Estando pues con cuidado  
las diligencias haciendo;  
un dia en San Salvador  
tendió la vista Montero,  
vido estar á su enemigo,  
y sus pasos fue siguiendo.  
Lo vió entrar en cierta casa,  
preguntó, y supo de cierto  
que era allí donde vivia;  
y retirándose luego,  
le escribió una carta falsa  
con mas de dos mil enredos  
de Don Francisco de Frias,  
hurtó la firma y la puso,  
por hacer mas bien su hecho.  
En punto de la oracion  
llegó á la casa Montero,  
y dando un golpe en la puerta,  
le bajó á abrir el mancebo:  
vido un viejo venerable,  
todo de canas cubierto,  
de ropa muy mal formado,  
y los ojos por el suelo.  
Qué se ofrece, padre honrado  
(le dice al fingido viejo)  
{y qué cuidado acá os trae?  
Y él mudando la voz luego,

como que no le conoce,  
preguntaba por él mesmo:  
yo soy, le dice al instante;  
y fingiendo cumplimientos,  
sacó del pecho una carta,  
y besándola en el sello,  
se la dió: y Diego de Frias,  
el sobrescrito leyendo,  
rompe la nena, y prosigue,  
estas palabras diciendo:  
*Sobrino del alma mia,*  
*mil años te guarda el cielo,*  
*y te libre de enemigos,*  
*que contra ti están opuestos.*  
*Yo tu tio Don Francisco*  
*te mando á decir aquesto:*  
*en Antequera se sabe*  
*que en Sevilla estás de cierto,*  
*por lo que á buscarte van*  
*Montero y algunos deudos.*  
*Quiero traerte á Carmona,*  
*que yo allí mismo te espero,*  
*y en la casa de un amigo*  
*vivirás con gran secreto,*  
*y nosotros descuidados;*  
*que son tantos los lamentos*  
*de tu madre y tus hermanos,*  
*las discordias y los pleitos*  
*de parte de tu enemigo,*  
*originadas del hecho,*  
*que me obligas á venir*  
*á ponerte en salvamento.*  
*Con el portador saldrás,*  
*á quien encargo el secreto,*  
*porque antes que venga el alva*  
*de Carmona, porque en ella*  
*estés de término adentro*  
*El cielo os guarde, sobrino,*  
*los años de mi deseo.*  
Absorto se quedó el mozo,

muy pensativo y suspenso;  
la muger sale y le dice:  
no sea eso algun enredo.  
No es enredo, le replica;  
pues bien conocida tengo  
esta firma de mi tio,  
y hemos de ir sin remedio.  
Aprestaron el caballo,  
y aquella noche salieron  
por la puerta de la Carne  
galan, dama y escudero.  
O desgraciada señora!  
ó malogrado mancebo!  
que no sabes la desgracia  
que va en tu acompañamiento.  
Mas en llegando á la venta,  
ya que el alva iba rompiendo,  
dijo el galan á la dama:  
un rato aqui reposemos.  
Dijo Montero: eso no;  
pues vamos con tal secreto,  
¿quiere usted parar en venta?  
mas adelante pasemos.  
Toman una oculta senda,  
por unos montes espesos  
de pinos y de jarales.  
A las umbrías de un cerro  
volvió Montero la cara,  
y dice: aqui es bien paremos,  
para que estemos seguros  
de todos los pasajeros.  
Se apearon del caballo  
los dos amantes muy tiernos,  
diciéndose mil cariños,  
veneno para Montero.  
Dice el galan á la dama:  
dulce regalo, espejo,  
almorcemos, que ya es hora.  
Entonces sacó Montero  
muy furioso dos pistolas  
de los cosidos remiendos,

quitóse la mascarilla  
de las barbas y el mal gesto,  
diciendo con voz terrible:  
yo soy Antonio Montero,  
La muger que aquesto oyó,  
cayó redonda en el suelo,  
Diego de Frias turbóse:  
quiso hablar, mas el aliento  
le faltó, pues le dispara  
una pistola á este tiempo,  
cuyas penetrantes balas  
le atravesaron el pecho.  
Cayó en tierra entre su sangre,  
estas palabras diciendo:  
confesion, que soy difunto;  
perdona, amigo Montero:  
no me acabes de matar,  
traéme los Sacramentos;  
el alma es la que te encargo,  
y pague el delito el cuerpo.  
Mas él fiero y vengativo  
le ha cercenado el pescuezo  
con un agudo cuchillo;  
y por hacer bien su hecho,  
cortó la mano derecha.  
Y enfurecido y soberbio  
se fue á la muger que estaba  
medio muerta y sin aliento:  
de los cabellos la arrastra,  
de esta manera diciendo:  
pues mi crédito has perdido,  
y de esta suerte me veo,  
ahora pagarás, traidora,  
conforme al merecimiento.  
La cabeza le cortó,  
con ella el brazo derecho,  
y en un baul que llevaban  
de las prendas y el dinero

metió aquestas cuatro alhajas,  
vaciando lo que está dentro.  
Y montando en el caballo,  
mas breve que un pensamiento,  
hácia Antequera camina,  
de este caso satisfecho.  
A las doce de la noche  
llegó á su casa Montero,  
y por encima la puerta  
con duros clavos de hierro  
entrambas manos las fija,  
y las cabezas en medio,  
con un letrero que dice:  
lo hizo Antonio Montero,  
por restaurar lo perdido  
de su punto, honor y crédito;  
de esta suerte los maté,  
y en tal parte quedan muertos.  
Volvió la rienda al caballo,  
se fué á Málaga derecho,  
sentó plaza de soldado  
con muchísimo contento,  
y al Rey sirviendo en la guerra,  
hizo muy notables hechos.  
A otro dia cuando el alva  
asomó con sus reflejos,  
cuantos por su calle pasan,  
al verlo quedan suspensos.  
Dieron cuenta á la justicia,  
los cuales vinieron presto,  
y admirados los Señores,  
despacharon por los cuerpos,  
para darles sepultura.  
Aquesto sirva de egeemplo  
á las señoras mugeres,  
y á los gañanes mancebos,  
que no se precien de amar  
cosa que tenga otro dueño.

F I N.